



Capítulo 288 - Rebanada de amanecer

Su visión seguía borrosa, como si hubiera despertado de un sueño profundo o de una batalla que se había prolongado durante siglos. Pero el calor... el calor era real. Un calor humano, corporal, que lo envolvía por todos lados.

Cada centímetro de su cuerpo estaba cubierto por algo... o mejor dicho, alguien.

Vergil abrió los ojos lentamente, parpadeando ante la suave luz que se filtraba a través de las cortinas de seda de la suite principal. El alto techo de la mansión de Los Ángeles le resultaba familiar, al igual que el aroma a madera con notas de incienso y lavanda que siempre llenaba la habitación.

"¿Cómo terminé aquí?" comenzó a murmurar, pero fue interrumpido por un sonido suave, casi felino.

Un delicado ronroneo vibró contra su brazo.

Viviana.

Ella dormía allí, con el rostro sereno y el cabello extendido sobre su pecho. Cuando Vergil expandió ligeramente su aura para intentar comprender mejor la situación, se quedó paralizado por un instante.

Zafiro, recostada sobre su lado izquierdo, con una pierna sobre él, como si no quisiera dejarlo escapar tan pronto. Katharina, acurrucada a los pies de la cama como una pantera en reposo.





Roxanne, completamente desplomada sobre su pecho como si protegiera un tesoro. Raphaeline y Ada, abrazadas, pero aún unidas a él por un brazo o una pierna.

Stella, con la cabeza apoyada en su hombro, como si ese lugar hubiera sido su hogar durante siglos.

Iridia, enroscada como una serpiente perezosa alrededor de su cintura. E incluso Zex... la que menos esperaba que hiciera algo estaba allí, descansando con una sonrisa pícaro en los labios.

Todos estaban completamente desnudos. Envueltos en una especie de paz casi sagrada, como si la tormenta hubiera pasado... y él fuera el centro de calma de un mundo que había sobrevivido al caos.

Virgilio no recordaba los detalles. Pero una cosa era segura: estaba vivo.

Y, al parecer, en buena compañía.

Vergil dejó escapar un murmullo bajo, casi un susurro. "Hm..."

El sonido fue suficiente para desencadenar una reacción en cadena.

Viviane fue la primera en moverse, estirándose contra su cuerpo como una gata satisfecha. Una sonrisa perezosa se dibujó en sus labios antes incluso de abrir los ojos.

"Te moviste..." ronroneó ella, apretándose aún más contra él.





En ese momento, Stella murmuró algo incomprensible y apartó la mirada. Su cabello rojizo y dorado caía en cascada sobre el cuello de Vergil. Katharina dejó escapar un profundo suspiro y se estiró como si estuviera en una clase de yoga, apoyando los dedos de los pies en la parte baja de su espalda. Zex soltó una risita, con los ojos aún cerrados.

"¿Cómo llegué aquí?", se preguntó Zex adormilada.

Uno a uno, empezaron a despertar. Su respiración se aceleró. Abrieron los ojos, intercambiaron bostezos, suaves movimientos los envolvieron como cálidas olas.

Vergil parpadeó lentamente, observando todo lo que lo rodeaba con la mente todavía nublada, pero no lo suficiente como para ignorar la visión surrealista que tenía delante.

Sus ojos recorrieron cada uno de ellos.

Viviane, la gracia etérea en forma de mujer, su piel dorada brillando a la luz de la mañana mientras su cabello azul estaba todo desordenado...

Zafiro, básicamente todavía estaba en coma, pero su voluptuoso cuerpo hablaba por sí solo.

Katharina, toda felina y provocadora, incluso en reposo.

Ada, con su serena tranquilidad, de esas que ocultan tormentas internas.

Rafaela, la elegancia personificada incluso sin ropa, levantándose con calma.





Roxanne, dueña de un magnetismo indomable, su cuerpo dibujado como arte viviente.

Stella, que parecía divertida por la situación, y parecía que iba a pedir algún dulce o algo.

Iridia y Zex... aunque no sabía por qué estaban allí... no negaba su presencia... eran sus empleados. Así que eran suyos.

Vergil dejó escapar un profundo suspiro y miró al techo como si esperara una explicación divina.

"¿Qué pasó aquí?" preguntó finalmente, con voz ronca, medio seria, medio derrotada.

Zafiro fue la primera en responder, todavía tumbada a su lado, con la voz arrastrada de quien no tiene prisa por volver al mundo real.

"Resulta que no sabes cuándo dejar de jugar con tu juguete...", murmuró, sonriendo con una comisura de la boca mientras se estiraba lentamente. "Entonces te desmayaste después de golpear a ese cachorro casi hasta la muerte".

Se incorporó sin contemplaciones, con su cabello rojo cayendo como seda sobre su espalda desnuda. Con un movimiento perezoso y elegante, comenzó a recogerlo en una coleta improvisada, revelando la firme curva de sus hombros y el brillo perezoso de sus ojos.

Vergil parpadeó unas cuantas veces, su cerebro todavía intentaba ponerse al día con los acontecimientos de la realidad.





"Yo... ¿qué?" murmuró, con voz ronca y confusa.

Zafiro miró por encima del hombro, como si hablara del tiempo. "Alex Wykes, o como se llame ahora. Lo traje. Está en el calabozo, durmiendo como una piedra... o como un saco de carne arrugada, lo que sea."

Ella se apartó con calma un mechón de cabello dorado que descansaba sobre su pecho izquierdo, mirándolo como si fuera un recordatorio incómodo de la noche anterior.

Vergil cerró los ojos y se apretó las sienes. El dolor de cabeza era punzante, de esos que solo aparecen después de una guerra o de una orgía catastrófica.

"Ah... mierda... ahora recuerdo..." La escena de la pelea regresó en violentos destellos: la sangre, los golpes, la locura cuando empezó a pelear... y la propia voz de Vergil prometiendo matarlo con una sonrisa en el rostro y locura en los ojos.



"Menos mal que no lo maté", dijo, más para sí mismo que para ella.

Zafiro soltó una breve carcajada, se levantó y miró alrededor de la habitación en busca de algo de ropa.

"Esa es casi la parte que me molesta. Debería haberle arrancado la cabeza", dijo Sapphire.

Zafiro se puso una enorme camisa negra, probablemente suya, que le cubría todo el cuerpo de cintura para arriba... pero absolutamente nada de cintura para abajo. Con un decidido balanceo de caderas, se dirigió al sillón en la esquina de la habitación y se dejó caer en él con la gracia de quien sabe exactamente lo que hace.



Cruzó las piernas con calma, exponiendo deliberadamente más de lo necesario... bueno, mostró todo lo que pudo y, por supuesto, le dio a Vergil una mirada perezosa y provocativa.

"¿Y por qué están todos reunidos...?", preguntó Vergil, frunciendo el ceño. "No es que me queje, pero... creo que es la primera vez que veo a tanta gente en un mismo lugar."

Zafiro se encogió de hombros como si estuviera explicando el pronóstico del tiempo.

"Llegué contigo al amanecer", empezó, señalando con la barbilla a Katharina, Ada y Roxanne. "Esas tres estaban en la sala, viendo algo en la tele. Cuando te vieron hecha polvo, entraron en pánico y te llevaron al dormitorio".

Luego señaló a Stella y Raphaeline.

"Esos dos estaban... ocupados... haciendo quién sabe qué en la casa. Pero oyeron el caos y subieron juntos", dijo, girando la cabeza hacia el entrepiso y señalando a Iridia con indiferencia.

"Estaba en el baño masturbándose, sola. Escuchándolo todo. Y claro... salió a participar sin dudarlo... no es que fuera una sierva de Dios", comentó Sapphire.

—¡Yo-yo! —gruñó Iridia en protesta, sonrojándose violentamente e intentando cubrirse los pechos y la entrepierna con los brazos—. Para tu información, solo estaba...





—Pude oler tu coño chorreante desde el pasillo —interrumpió Zafiro con tanta calma como si estuviera comentando sobre el desayuno.

Iridia enterró su cara entre sus manos, gimiendo de vergüenza.

Zafiro entonces señaló a Viviane, más neutralmente.

"La dejé. Se acostó contigo para ayudar con la sanación espiritual. Para prevenir un brote, para proteger tu alma, estas cosas esotéricas y útiles, ya que estabas demasiado loco..."

Viviane se incorporó lentamente, con el cabello despeinado alrededor de su rostro angelical. Sonrió con dulzura, pero el brillo en sus ojos era peligrosamente travieso.

"Hice un ritual rápido mientras dormía. Su alma ardía... Pensé que sería mejor apagarla antes de que se levantara y matara a alguien que aún estaba en coma", dijo Viviane sonriendo.

Vergil simplemente asintió, sin saber qué sentir.

Entonces Zafiro miró directamente a Zex, arqueando una ceja con pura curiosidad. "¿Y tú? No tengo ni idea de cómo llegaste aquí".

Viviane dio un paso adelante antes de que Zex pudiera abrir la boca, su sonrisa se volvió un poco más diabólica.

Estaba limpiando la habitación. Vio que todos empezaban a desvestirse para acostarse con él... y decidió unirse. No quería quedarse fuera. Rió suavemente, casi un susurro pecaminoso.





Zex se estremeció, recordándolo todo visiblemente. Sus ojos, abiertos como platos, buscaron un lugar donde ocultar su vergüenza..., pero ya era demasiado tarde.

«Ojalá no descubran lo que le hice al amo al amanecer mientras dormía...», pensó Zex, recordando algo que no debería haber sucedido. ¡Fue un accidente!

Vergil miró a su alrededor... los cuerpos desnudos, el desorden de ropa en el suelo, el olor mezclado de perfume, sudor, sangre... y el olor de Iridia.

—Claro... pero... ¿por qué estaban todos desnudos? —Al instante, todas las mujeres lo miraron fijamente. Como un todo.

—Dijiste que solo dormirías con nosotros si estuviéramos desnudos. — Hablaron al unísono, con sus voces en perfecta sincronía.

Los ojos de Vergil se abrieron de par en par, sorprendido. "Pero... ni siquiera duermo desnudo..."

Silencio total.

El tipo de silencio que parecía dejar sin aire la habitación. Ninguno parpadeó. Ninguno sonrió. Todos lo miraron fijamente como si la realidad misma estuviera esperando a que terminara de mentir.

Él tragó saliva.





Bajó lentamente la mirada, como temeroso de lo que encontraría... La sábana blanca aún le cubría la cintura, pero la camisa que recordaba llevar... estaba con Zafiro. Eso era mucho decir.

Con una expresión mezclada de duda y resignación, arrojó la sábana a un lado.

Desnudo. Completamente desnudo.

Vergil suspiró profundamente y se pasó una mano por la cara. Pero entonces... se detuvo. Su palma reposó sobre su propio miembro... y la sensación cálida y pegajosa le hizo temblar la cara.

"Eh..." Frunció el ceño, confundido. "¿Eso es...?"

Apartó la mano, mirándose los dedos, y luego volvió a mirarse. La base de su miembro aún estaba húmeda, pero no era sudor... solo podía ser... saliva... Y definitivamente no era suya.



Levantó la vista lentamente, como alguien que enciende un foco mental y escanea la escena del crimen.

Viviane sonrió tranquilizadamente. Sapphire lo observaba con aire de quien ya lo sabía todo. Katharina y Ada fingieron que se arreglaban el pelo. Raphaeline se estiró como un gato perezoso. Roxanne bostezó, completamente desinteresada. Iridia seguía escondida tras una almohada, pero ahora sonreía de lado.

Todos parecían querer provocarlo insinuando que algo había pasado... pero no eran así, al menos, ellos no harían algo así...



Y entonces... lo vio.

Zex.

Apoyada contra la pared opuesta de la cama, con las rodillas juntas, sujetando la sábana hasta la barbilla como un escudo. Su rostro estaba absurdamente rojo. Los ojos muy abiertos. Temblando. Totalmente fuera de tono con el ambiente sensual del resto de la habitación.

Vergil inclinó ligeramente la cabeza y su mirada aguda ahora estaba fija en ella.

Zex miró hacia otro lado inmediatamente.

"Mmm..." murmuró Vergil, pensativo. "Interesante..."

Zex se hundió aún más en la sábana, bañada en sudor frío. «¡Se fue!», gritó Zex para sus adentros... pero por suerte... algo la salvó.

Zafiro dijo en voz alta: «Vamos, tenemos visitas». Dijo sonriendo. Dijo sonriendo: «Tenemos que bajar. Antes de que la princesa traumatizada despierte e intente mordernos».

"¿Kaguya?" preguntó arqueando una ceja.

Zafiro sonrió sin darse la vuelta. "¡Secuestrado con éxito!"

